

Me dirijo a Uds. en nombre del Poder Ejecutivo, para honrar y despedir en este ámbito que representa a todo los uruguayos, a quien honrara con su vida y con su obra a todo nuestro país: Carlos Páez Vilaró, el hombre, el artista, el forjador de identidades.

¿Cómo separar el hombre del artista? ¿Cómo separar el artista de su obra?

Hay artistas que viven sus obras, las pintan, las hacen música, cerámica y color. Hay artistas que descubren su pueblo al mismo tiempo que ellos se descubren en su pueblo, por eso, quizás, Carlos Páez Vilaró construyó su “Casa Pueblo”, una escultura habitable abierta sobre el mar, abierta a su gente y a todos aquellos que se acercaban a conocer los caminos de una imaginación arraigada en la cultura popular que lo animó y lo alimentó.

El Conventillo del Medio Mundo, Palermo, el Barrio Sur, pero sobre todo, las raíces afro-uruguayas del candombe, lo animaron a plasmar en sus murales, en sus cuadros, en sus cerámicas, en el inmenso panorama artístico que fue su constante creación, el sentir de una sociedad cargada de la riqueza de la diversidad humana.

Fue un artista que prefirió mirar a los otros antes que mirarse a sí mismo, pero también fue un artista que, en la multiplicidad de sus creaciones, miró a los otros como una forma de afirmar que la diversidad cultural era un modo de defender la libertad de la creación.

Por sus ojos y sus colores, el Uruguay recorrió el mundo. Arraigado en la cultura popular, buscó más allá de fronteras lo que ya había encontrado: la importancia de lo local en un mundo que todavía no sabía que el candombe era patrimonio cultural de la humanidad.

Pintó el inmenso mural de la OEA como un tributo a la diversidad cultural, pero también como un alegato por la paz y la comprensión de los pueblos de Nuestra América.

Tocó y desfiló en las Llamadas y se bañó con su gente en las calles junto a las cuerdas de tambores.

Carlos Páez Vilaró, pintor, poeta, escultor-arquitecto, ceramista, músico, candombero, padre obstinado y amigo, le puso color a una sociedad que se creía gris pero que él la veía inundada de colores, de sentimientos y presentimientos. Su personalidad fue su obra. Su imaginación nos ayudó a ser más uruguayos de lo que nuestros prejuicios nos permitían pensar. Su obra nos hizo más abiertos, más democráticos, más inclusivos.

Hoy somos mejores porque él nos obligó a mirarnos de otro modo, a creer y a imaginar que había más en nuestra sociedad de lo que nosotros mismos creíamos que existía. Fue, más que un pintor o un ceramista o que el miembro de sus tan amadas comparsas, un arquitecto de identidades, un hombre que nos hizo sentir un modo más pleno y profundo de ser uruguayos.

Las generaciones que vendrán se descubrirán y se reconocerán en su vida y en su obra; las generaciones que vendrán recibirán su legado que esperamos los acompañe en su vida y les permita encontrarse consigo mismos y con su tiempo.

Carlos Páez Vilaró, hoy, aquí, tu gente te rinde homenaje.

Hasta siempre.

Montevideo, 24 de febrero de 2014